

212. Los vicios opuestos á la naturalidad de la elocucion ó del estilo son la *afectacion*, la *exageracion* y la *hinchazon*.

Es *afectado* el estilo cuando muestra demasiado estudio en la eleccion y colocacion de los pensamientos, de las figuras y de las palabras. Si las ideas están violentamente colocadas y las palabras parece que tropiezan y se atropellan unas con otras, revelando los inútiles y penosos esfuerzos del compositor, recibe el estilo el nombre de *forzado*.

La *exageracion* consiste en ponderar los objetos y los afectos de tal manera que se traspasen los límites de la naturaleza y de la verdad poética.

La *hinchazon* es el abuso de imágenes, de adornos y relumbrones, y de palabras sesquipedales y retumbantes. Cuando este abuso se comete, decimos que el estilo es *hinchado*, *hueco*, *campanudo*.

La *afectacion* denota falta de habilidad, y tiene siempre algo de ridículo. El estilo forzado nos da congoja, porque oímos balbucear al autor, sufrimos todos los tormentos que él sufre, y estamos con el ansia del que está presenciando difíciles y peligrosas suertes gimnásticas. La *exageracion*, además de la falsedad que encierra, supone cierto desarreglo de la fantasía. La *hinchazon* ofende mas aun, porque nace muy frecuentemente de una estúpida jactancia. Longino y Quintiliano comparan la *hinchazon* del estilo con la del cuerpo, diciendo que es indicio de falta de salud y no de robustez.

213. El estilo afectado y el forzado son *efecto* muchas veces de la misma timidez y demasiada lima. En ambos defectos tropiezan muy á menudo los puristas, los que pretenden comunicar al estilo una precision matemática, los que no aciertan á dar un solo paso sin la muleta de las reglas. *Ubi cumque ars ostentatur veritas abesse videtur.* (QUINT., 2, 3.) Pero así la *afectacion* como la *exageracion* y la *hinchazon* proceden con mas frecuencia de la vanidad del autor, que por atender al aplauso echa en olvido el asunto.

Unas veces, para ser armonioso, violenta la colocacion de las palabras; otras veces piensa dar nobleza al estilo, empleando voces cultas y anticuadas, ó alambicando los pensamientos; otras quiere ser elegante, y embute la frase de metáforas, comparaciones, epítetos y perífrasis, sin atreverse jamás á nombrar las cosas por su propio nombre; ora, por último, confunde la delicadeza con la oscuridad, la sublimidad con la *hinchazon*, la vehemencia y fuego de las pasiones con la *exageracion* fria é insoportable. La *exageracion* de los afectos es la mas ridícula, ya se finja lo que uno de nuestros escritores satíricos llama *sensibleria*, ya se pretenda agitar intempestivamente los ánimos á fuerza de interrogaciones, apóstrofes, exclamaciones y puntos suspensivos, dando el espectáculo de un loco metido entre personas de sano juicio.

Longino dice que Gorgias fué objeto de burla por haber llamado á Jérges el *Júpi-*

ter de los griegos, y á los cuervos *sepulcros animados*. Lucano abunda en expresiones de esta clase, y abusa de la hipérbole hasta el extremo de decir que el cuerpo de Pompeyo puede llenar toda la campiña de Lago, *omnia Lagi rura tenere potest*, y que el nombre y extension del imperio romano son la medida de su tumba: *Romanum nomen et omne imperium magni est tumuli modus*. Censura Vida á los que por hablar metafóricamente llaman á la grama *crines magnæ genitricis*, y á los establos *lares æquinas*; y el mas zumbon y mordaz de los escritores del siglo pasado se mofa del boticario que para anunciar al público una nueva droga á tres francos la botella, dice *que interrogó á la naturaleza y que la hizo esclava de su ciencia*. Sabido es, por último, lo de *Acarrear las comodidades de la conversacion*, y lo de *No te apropincues á mi; que empañarás el candor de mi castísimo vulto*.

Las siguientes palabras de Montaigne, que difícilmente podrian traducirse al castellano, resumen cuanto pueda decirse de la naturalidad de la elocucion. *Si j'étais du métier, je naturaliserais l'art autant comme ils artialisent la nature.*

CAPITULO II.

DE LAS CUALIDADES ACCIDENTALES DE LA ELOCUCION, Ó DE LOS DISTINTOS GÉNEROS DE ESTILO.

214. Las cualidades esenciales son pocas y se distinguen por su carácter permanente; las accidentales son infinitas y variables: las cualidades esenciales constituyen el tipo fundamental de la buena elocucion; las accidentales constituyen los diversos géneros de estilo, sus diversas especies, y por último, el carácter ó fisonomía particular que generalmente distingue á los escritores notables (§ 21).

Así como la especie humana presenta un tipo general y constante que distingue al hombre de los demás seres, al propio tiempo que una variedad de razas, pueblos, familias é individuos; asimismo el estilo, sin traspasar los límites que esencialmente constituyen la buena elocucion, presenta una variedad marcada de géneros y especies, y recibe, por último, el sello individual del escritor. *In oratione vero si species intueri velis, totidem pene reperias ingeniorum, quod corporum formas.* (QUINT., XII, 10.)

215. La obra artística y el estilo que forma parte de ella, son á la vez efecto del arte y del artista. El *arte* impone sus leyes al artista, sin privarle por esto de su independencia ni de su individualidad. Una de las cualidades esenciales de la elocucion es la oportunidad, y la oportu-

tunidad requiere que el estilo esté amoldado al asunto y al género literario de la obra. (§. 208).

De aquí las denominaciones de *sublime*, *majestuoso*, *humilde*, *gracioso*, *festivo*, etc., que damos al estilo por razón del sujeto ó materia de que se habla, y las de *poético*, *oratorio*, *histórico*, *didáctico*, para significar los caracteres que debe tener la elocución de las obras *poéticas*, *oratorias*, etc.

Al tratar de cada uno de los géneros literarios, indicaremos el estilo que les es peculiar.

Quum sit autem rhetorices atque oratoris opus oratio, pluresque ejus formæ, sicut ostendam; in omnibus his et ars est et artifex: plurimum tamen invicem diferunt; nec solum specie, ut signum signo, et tabula tabulæ, et actio actioni, sed genere ipso, ut Græcis Tuscanicæ statuæ, et Asianus eloquens Attico. (QUINT., XII, 10.)

216. Pero sin faltar á las condiciones esenciales de la buena elocución, ni á las que imponen el asunto y el carácter de la obra, todavía le queda al escritor un campo extenso donde puedan desenvolverse con toda libertad sus facultades. Y como todo lo que rodea al hombre influye mas ó menos directamente en el modo de manifestar sus conceptos (§ 201); por esta razón, al paso que en el estilo se refleja la fisonomía moral del *escritor*, tambien se refleja mas ó menos vagamente el carácter de las *épocas* y de las *naciones*.

Bajo este concepto, así como decimos estilo *píndrico*, *ciceroniano*, *gongorino* para significar el carácter peculiar que distingue á Píndaro, á Ciceron y á Góngora, decimos tambien estilo de tal ó cual época literaria, estilo *lacónico*, *ático*, *oriental*, *provenzal*, *afrancesado*, etc. Cuando la literatura se desenvuelve espontáneamente en un país, sin que venga á perturbar su natural desenvolvimiento la heterogénea mezcla de elementos extraños, tanto en el estilo como en el lenguaje, encuéntrase profundamente impreso el carácter nacional. La pureza del estilo es algo mas que la pureza del idioma. Si no hicimos mérito de la pureza del estilo al tratar de las cualidades esenciales de la elocución, es por considerarla como embebida en todas ellas, y por reconocer además las gravísimas dificultades que ofrecería su exacta apreciación.

217. Siendo infinitas las cualidades accidentales que pueden modificar la elocución, vamos á fijarnos solamente en las principales, y en las que determinan géneros de estilo muy marcados y generalmente reconocidos por la crítica. Bajo este supuesto, hablaremos: 1.º, *del estilo cortado y periódico*; 2.º, *de la concisión y abundancia*; 3.º, *de la energía*; 4.º, *del estilo vivo, vehemente y patético*; 5.º, *de la sencillez*; 6.º, *de la elegancia*; 7.º, *de la magnificencia y sublimidad*; 8.º, *del estilo familiar, jocoso, satírico, humorístico*; 9.º, *de las denominaciones que aplicaron al estilo los retóricos antiguos*.

I. — ESTILO CORTADO Y PERIÓDICO.

218. Se llama *cortado* el estilo cuando en él predominan las cláusulas breves y sueltas, y *periódico* cuando la mayor parte de las cláusulas son extensas y periódicas, ó verdaderos periodos. Tanto la armonía del lenguaje como la variedad del estilo aconsejan entrelazar las cláusulas breves y sueltas con las extensas y periódicas; pero sin faltar á esta regla, y recordando lo que se dijo en el tratado de la armonía imitativa, debe ponerse muchísima atención en no faltar á la conveniencia del estilo con el asunto. El estilo cortado es propio de la enumeración, de la descripción, de las narraciones rápidas, de los momentos en que la pasión nos arrebató; el periódico es propio de la discusión tranquila, de la amplificación y de los asuntos elevados en general.

Ciceron, que generalmente se presenta como el mas perfecto dechado del estilo periódico, en su primera *Catilinaria* dió muestras de que sabia prescindir de la oración numerosa, y comunicar á la frase un movimiento rápido y animado, cuando así lo requería la naturaleza del asunto. El estilo periódico tiene siempre algo de artificial, y si no se emplea con cautela, degenera muy fácilmente en afectado y frío. El estilo cortado, cuando es sentencioso y profundo, aumenta la gravedad de la sentencia; cuando está dispuesto con cierta simetría, realza, como en los Libros Sagrados, el carácter poético de la elocución. Pero cuando los pensamientos son triviales y prosáicos, el estilo mal llamado bíblico es afectado y ridículo.

II. — CONCISIÓN, ABUNDANCIA.

219. La *concisión* consiste en expresar muchas ideas con pocas palabras.

Montaigne dice que la energía condensa el pensamiento; mas exacto sería atribuir este efecto á la concisión. La concisión, lo mismo que la precisión, puede depender de la sentencia ó de la frase.

Los pensamientos profundos, las imágenes muy vivas y oportunas, dicen mas de lo que literalmente suena. Si estos pensamientos é imágenes abundan en el escrito, si se omiten las digresiones é ideas accesorias, las deducciones, las transiciones y todo lo que, no siendo esencialísimo, pueda considerarse como adorno ó medio de amplificación, la concisión del estilo será un resultado de la economía en los conceptos é ideas. Pero á esta concisión de la sentencia se agrega la concisión del lenguaje, cuando se eliminan todas las palabras que, por la virtud elíptica del idioma, pueden omitirse sin faltar á la pureza ni á la claridad.

Tanto la concisión como la precisión son cualidades de la elocución, del estilo ó de la expresión, si se quiere; pero no se confunda esta voz con la voz *lenguaje*, por-

que en este caso nos formariamos una idea incompleta, así de la concision como de la precision.

Aunque las voces *laconismo* y *concision* sean por muchos reputadas como rigurosamente sinónimas, el uso establece entre ellas una ligera diferencia. La concision no se opone á la extension material del discurso; el laconismo sí. Decimos que una contestacion es lacónica, cuando, además de ser concisa, consta de pocas palabras.

Tampoco debe confundirse el escritor conciso con el sucinto ó compendioso; pues no basta saber resumir ó compendiar, para merecer el renombre de conciso.

220. Despues de lo dicho, fácilmente se comprenderá cuán *distinta* es la concision de la precision. La precision es una cualidad esencial, y por lo mismo, cuanto mas preciso sea un autor, tanto mejor será su estilo; la concision es una cualidad accidental, prenda excelente y distintiva de los grandes escritores, muy recomendable cuando es oportuna, pero muy digna de censura siempre que las circunstancias del asunto ó del auditorio requieran amplificacion y abundancia.

Algunos autores colocan la concision entre las cualidades esenciales, porque entienden por estilo conciso aquel en que no se emplean palabras inútiles, y por consiguiente toman esta voz en un sentido distinto del nuestro.

Generalmente se hace tanto aprecio de la concision, porque encerrando el pensamiento en poco espacio, aumenta el valor intrínseco de la obra, y solo puede ser fruto del genio ó de una meditacion muy profunda. El autor muy conciso, parece que nos coloca en elevadisimas cumbres, desde las cuales, con la celeridad del rayo, recorre nuestra mirada las mas vastas llanuras.

221. La *abundancia* (*copia dicendi*) es en ciertas ocasiones indispensable para la claridad; porque los oradores concisos y profundos no están al alcance de todo el mundo. Los pensamientos profundos y el estilo conciso, fiando en la capacidad del lector, dejan que este penetre y adivine por sí mismo lo mucho que se calla, y muchas veces es necesario decirlo todo.

Las comparaciones, las descripciones, la enumeracion, las digresiones, todas las figuras cuyo principal objeto es la elegancia del estilo, las figuras patéticas, en una palabra, la amplificacion oratoria, recreando la fantasia y moviendo los afectos, además de aligerar la atencion por medio de la variedad, aclaran el sentido, supliendo en cierto modo la inteligencia de los lectores. Principalmente en los discursos pronunciados, puede ocurrir que no baste ilustrar y amplificar un concepto, sino que tambien sea preciso volver á él despues de haberle dejado, para que se note su relacion con las ideas del momento, ó para que se grave mas fuertemente en la memoria.

El poeta ó el orador que se vanagloriase de preferir una expresion lacónica, pero débil, fria y descolorida, á otra expresion menos concisa, pero mas brillante, mas graciosa ó mas enérgica, no seria económico, sino miserable; y absteniéndose de lo supérfluo, se privaria de lo necesario. (MARMONTEL.)

De la abundancia debe decirse lo mismo que de la concision y de todas las cuali-

dades accidentales: *Ne quid nimis*. Tito Livio y Ciceron pueden presentarse como modelos de abundancia; Persio y Tácito son verdaderos dechados de concision: ninguno de estos autores falta por lo general á la precision.

222. El estilo figurado no se opone siempre á la concision. Favorecen notablemente la concision algunas figuras patéticas, las que consisten en la supresion de palabras, y sobre todo, los tropos y las imágenes. Así como en el estilo figurado cabe la concision, es tambien muy posible que el sencillo peque por redundante y difuso. La *sencillez* y la *concision* son dos cualidades distintas.

Tampoco deben confundirse con el estilo conciso el *cortado* ni el *sentencioso*. Este, como su nombre lo indica, es el estilo recargado de sentencias; y aunque la sentencia supone brevedad en la expresion, puede, sin embargo, ser difuso el estilo, tanto en la manifestacion de los pensamientos no sentenciosos, como por razon de las frecuentes repeticiones.

En cuanto al estilo cortado, es cierto que se hermana mejor con el conciso; así el periódico es mas propio de la amplificacion; pero se concibe sin dificultad un estilo á la vez cortado y difuso, como tambien puede concebirse la concision ajustada al estilo periódico.

En muchos libros de la *Biblia*, el estilo, además de cortado, es á un tiempo conciso, figurado y sentencioso. A veces las frases de un autor son muy concisas, y su estilo es difuso. Séneca y Ovidio presentan en su estilo esta aparente contradiccion. El P. Mariana ofrece indudablemente, como todos los autores de talento, algunos modelos de concision, como los que cita Capmany y otros que podrian añadirse; pero bastará recordar la mayor parte de las descripciones y arengas de su *Historia de España*, para conocer que mas quiso imitar la amplitud de Tito Livio que la profunda y nerviosa concision de Tácito.

III — ENERGIA.

223. Se llama *enérgico* ó *nervioso* el estilo cuando produce en el ánimo una impresion viva y fuerte, de tal modo, que parece que los conceptos han de quedar esculpidos para siempre en la memoria. Si las ideas pasan y se desvanecen sin apenas fijar nuestra atencion y sin dejar en el ánimo ninguna impresion buena ni mala, el estilo se llama *flojo*, *débil*, *lánguido*, *soporífero*.

La voz *energía* indica la mucha *eficacia* de la impresion. Los autores que distinguen los pensamientos y sentimientos fuertes de los enérgicos, ó no se entienden, ó consideran dos grados de una misma cualidad.

La energia del estilo depende no menos de la estructura del lenguaje que de la manera de sentir y concebir. Es indudable que si un orador concibe y raciocina con

fuerza y siente con mucho calor, se expresará también con energía; pero en las composiciones escritas, en que ni la voz ni el gesto contribuyen á revelar la fuerza interior del alma, basta la mala colocación de las palabras para destruir todo el nervio de la elocución.

224. La *imaginación*, haciendo visibles los objetos, haciéndolos palpables, es una de las causas más poderosas de la energía del pensamiento; por esta razón imprimen tan varonil robustez en el estilo los epítetos, los tropos de palabra, algunos de los de sentencia, sobre todo la hipérbole, y finalmente las figuras pintorescas. Y como el que concibe con energía toma un vivo interés por el objeto, y siente y habla con ardor y eficacia, todas las *figuras patéticas*, especialmente la interrogación y la apóstrofe, realzan de un modo extraordinario el vigor del raciocinio y el nervio de la expresión.

Cuando el pensamiento se aísla en las regiones de lo abstracto; cuando ni la imaginación ni el sentimiento pueden tomar ningún interés por el asunto, será dable aspirar á la claridad; de ningún modo á la energía. «Una demostración matemática, dijo un filósofo del siglo pasado, no puede recibir más ó menos evidencia, más ó menos fuerza; solo puede alargarse ó abreviarse el camino, ser más ó menos complicada, más ó menos clara.»

En cuanto á las figuras de palabra, son favorables á la energía la disjunción, la conjunción y la repetición. Igual efecto producen los pronombres, los adjetivos demostrativos, las voces expletivas, el pleonismo en general; pero nada la enerva tanto como el uso vicioso del mismo pleonismo.

El uso del demostrativo aumenta la energía de las siguientes frases: «No hablemos de aquel Vitelio que, encenagado en torpezas.....» — «No permitiré que por alargarse cuatro días esta mi causada vejez.....» — «Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora campos de soledad.....»

En las siguientes producen el mismo efecto las voces expletivas y el pleonismo: «Esto sí que es sufrir.» — «Yo lo digo.» — «Tú lo verás.» — «Ya nos veremos.» — «¿Qué! ¿Hemos de padecer siempre?» — «Y ¿no ha de confesarlo nunca?» — «Calla esa boca.» — «Has de tocarlo con tus propias manos.»

225. Para conocer cuánto influye en la energía la acertada *colocación* de las palabras, inviértase el orden de una frase ó de una cláusula bien construida, y se verá cómo pierde la mayor parte de su vigor. Todo el arte consiste en hacer resaltar lo más importante, en oscurecer lo accesorio, en cercenar lo inútil, en manifestar la relación de unas ideas con otras, y en aumentar gradualmente el interés.

Añádase á todo esto el efecto de la armonía imitativa, que por medio de los sonidos ásperos y fuertes, y de las cláusulas breves y cortadas y del acento, puede contribuir tan directamente al nervio de la expresión.

Si se trastruecan las siguientes palabras de Virgilio: *Navem in conspectu nullam*, la imagen se debilita y queda completamente ofuscada.

En mecánica para graduar el valor de una fuerza resultante no basta sumar todas las fuerzas simples; es preciso tener en cuenta su dirección. Lo mismo sucede con la colocación de las palabras en la cláusula: una palabra puede llegar á destruir el efecto producido por otra, de la misma manera que se debilitan ó destruyen dos fuerzas en direcciones encontradas. En cuanto á la armonía imitativa, es preciso no caer en el abuso de algunos autores, que con amontonar muchas erres y con truncar á cada momento la frase creen haber dado al estilo todo el nervio de que es capaz.

226. Finalmente, la *concisión*, concentrando toda la fuerza del pensamiento como en un punto, acrecienta de tal suerte el vigor de la elocución, que muchos confunden el estilo nervioso con el estilo conciso y cortado. No obstante, la energía se compadece muy bien con cierto grado de amplificación, y muchas veces nace la fuerza del discurso de la misma *abundancia* de la expresión.

Tito Livio, en medio de un estilo lleno y amplificador, conserva bastante energía. Así como la elipse favorece la concisión, también la favorecen el pleonismo, la repetición, la conjunción, la expolición y hasta la perífrasis.

227. La energía *no es una cualidad esencial* del discurso, como lo han creído algunos autores, por no distinguirla suficientemente de la claridad.

Es cierto que el estilo nunca debe ser *débil*, que nunca debe estar destituido del calor y nervio que consiente ó exige el asunto, porque en este caso se faltaría á la conveniencia de la elocución; pero en muchas ocasiones la energía sería un defecto gravísimo. Hay materias que exigen blandura en los afectos y suavidad en las expresiones, y no se aviene con estas cualidades la energía, que supone siempre mayor ó menor grado de aspereza.

Por esta razón, los autores que aspiran al dictado de enérgicos, que desdeñan la elegancia y la armonía, caen fácilmente en un estilo escabroso y duro, sacrificando á la fuerza de la expresión otras cualidades no menos importantes. En pintura, y también en música, se nota con más evidencia lo que acabamos de observar. Las pinceladas valientes y enérgicas que, revelando tanta firmeza de imaginación como seguridad de pulso, caracterizan de un solo golpe un objeto, son el más peligroso escollo de los pintores medianos.

IV.—VIVEZA, VEHEMENCIA, ESTILO PATÉTICO.

228. La *viveza* y la *vehemencia* del estilo nacen ambas de la sensibilidad.

Se llaman *vivos* los pensamientos, los afectos y el estilo en general, cuando están penetrados de un calor suave que les da animación y movimiento. La *vehemencia* manifiesta, digámoslo así, un exceso de vida. Es vehemente el estilo cuando se precipita con ímpetu al reiterado impulso de la pasión y de la sucesión rápida de las ideas, que se